

MARIO ESCOBAR

Misión Verne III

A circular gold-colored logo with the text "JULES VERNE" in the center and "1828-1905" at the bottom.The background of the cover features a young woman with long, wavy brown hair and blue eyes, wearing a brown corduroy jacket. She is looking directly at the camera with a serious expression. Her right hand is raised to her head, holding a black handgun. The background is a dark, textured wall.

OPERACIÓN ODESSA

Lectulandia

Arthur, Klaus y Agatha están atrapados en la Tierra Hueca y no encuentran la forma de regresar a la superficie. La única forma de regresar a casa es infiltrarse en la ciudad de los Intraterrestres, aunque no saben las consecuencias de su atrevimiento.

Mientras, en Europa, la guerra está comenzando a ser adversa y Himmler concibe un plan para salvar a sus hombres de la destrucción total. Los nazis tienen un plan magistral, pero si los británicos lo descubren podría venirse al traste. Agatha será la pieza clave para impedir que los Aliados destruyan la Operación Odessa.

¿Conseguirán Arthur y sus amigos volver a casa?

¿Preparado para el viaje más alucinante de tu vida?

Lectulandia

Mario Escobar

Operación Odessa

Misión Verne - 3

ePub r1.2

XcUiDi 20.10.15

Título original: *Operación Odessa*

Mario Escobar, 2013

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: kekon04, Ronin, JJGAF

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

«Todo lo que vemos o parecemos es solamente un sueño dentro de un sueño».

EDWARD ALLAN POE

«Me he dado cuenta de que a menudo, los corazones de los hombres no son tan malos como sus actos, y casi nunca como la maldad de sus palabras».

J. R. R. TOLKIEN

«Todo lo que yo invento, todo lo que yo imagino, quedará siempre más acá de la verdad, porque llegará un momento en que las creaciones de la ciencia superarán a las de la imaginación».

JULIO VERNE

PRÓLOGO

En las entrañas del mundo no había lugar para el odio. Amigos y enemigos luchaban por la misma causa, la supervivencia. No importaba lo que sucedía en la vieja Europa, en la Tierra Hueca la única manera de subsistir era aliarse para regresar a casa. Arthur lo sabía y por eso había aceptado la ayuda de Klaus y sus colaboradores. Una vez en la superficie sus caminos se alejarían de nuevo y volvería a ser enemigos.

Todavía estaban atónitos observando aquella civilización perdida en las entrañas de la tierra, cuando Klaus se puso en pie y comenzó a escribir algo con un trozo de tiza sobre una gigantesca roca. Todos se acercaron intrigados por lo que hacía el profesor alemán, pero el único que se atrevió a hablar fue Arthur.

—¿Qué son esos signos? —preguntó el inglés. —¿No ha leído el Shambhala? —contestó Klaus. —Conozco las leyendas sobre esa tierra mítica de los budistas —le contestó Arthur. —Este gran círculo representa a la Tierra y en su interior está la tierra mítica de Chang Shambhala. Según las leyendas budistas es la fuente de la sabiduría eterna y en la que viven seres inmortales que están en perfecta armonía con la naturaleza. El Reichsführer Heinrich Himmler nos envió para encontrar esa ciudad. Muchos creen que la Raza Aria proviene de ese pueblo. Hasta hace poco tiempo se situaba la puerta de entrada a este mundo en el Himalaya, por eso la Ahnenerbe envió una expedición al Tíbet en 1939 al mando del profesor Ernst Schäfer, pero allí no encontraron la entrada. Este es el segundo intento de Himmler por hallar la puerta —dijo Klaus. El resto del grupo les escuchaba en silencio, hasta que Hans gritó con el ceño fruncido:

—¡No tienes que dar información secreta a nuestros enemigos! ¡Una cosa es que colaboremos, para poder escapar de aquí, pero otra muy distinta es facilitarle información clasificada! Al resto de supervivientes aquella reacción les pareció absurda. Si no se ayudaban unos a otros no saldrían vivos de allí. Pero los nazis podían llegar a ser extremadamente fanáticos, pensó Agatha mientras hacía un gesto a Hans para que se callase.

—Es necesario que conozcan todos los detalles para que podamos idear un plan —se quejó Klaus. —No creo que aprender qué es el Chang Shambhala nos sirva para salir a la superficie —dijo Agatha, después se giró hacia Hans y se dirigió a él mirándole directamente a los ojos—. Sois unos fanáticos, estáis destruyendo todo por lo que merece la pena vivir. —¿Sí?, ¿te refieres a vuestros decadente *pubs* ingleses, a la pinta de cerveza o al té de las cinco?. Esos son vuestros grandes aportes a la cultura mundial. Los ingleses habéis masacrados pueblos enteros, dominado varios continentes y explotado sus recursos. ¿Quién os creéis vosotros para juzgarnos? Vosotros que sometisteis a los hindúes. Nosotros hemos hecho lo mismo con los chovinistas franceses o a los miserables polacos. ¿Qué diferencia hay? Agatha hincó su mirada en el rubicundo rostro de Hans, pero prefirió callarse. No servía de nada discutir con aquel fanático impertinente.

Klaus miró a Hans con los labios fruncidos y éste afirmó con la cabeza para que continuase. No es que Klaus quisiera ayudar a los británicos, pero era una cuestión de vida o muerte. Arthur era uno de los hombres más preparados del mundo en esa materia, juntos podían encontrar una forma de volver a casa.

—La capital de Shambhala es Kapala. Allí viven en medio de jardines fabulosos, los ancestros de los arios. En el palacio del gran rey Suchandra se encuentra un gran mándala —dijo Klaus. —¿Qué es un Mándala? —preguntó Bárbara. —Mándala es un diagrama o esquema que simboliza el macrocosmos y el microcosmos. Los investigadores creían que Mándala simplemente era una especie de lugar sagrado, pero yo creo todo lo contrario —dijo Klaus. Estaba compartiendo sus teorías con el enemigo, pero estaba seguro que ni Arthur ni sus compañeros tendrían nunca la oportunidad de contárselas a los servicios secretos de su país. —¿Qué es lo que piensa? —preguntó Agatha. —Mándala es un mapa. En él está representado el Inframundo o la Tierra Hueca, si lo encontramos, habremos descubierto la manera de regresar a casa —comentó Klaus. Poco a poco, todos se giraron y observaron de nuevo la increíble ciudad que brillaba a los lejos. Tendrían que llegar hasta ella para descubrir ese mapa de la Tierra Hueca. Las luces azuladas y verdosas de las miles de ventanas resplandecían sobre las copas de los árboles, como un cielo de estrellas artificiales. De vez en cuando se veía a sus habitantes llegar en aquellos fabulosos seres voladores. Los árboles se comunicaban entre sí por gigantescos puentes, ampulosos parecidos a las calles de Londres, pero los edificios parecían contruidos de un material que se escapaba a la comprensión humana, una mezcla de metal y madera. Arthur observó de nuevo la ciudad y tuvo que frotarse los ojos para no pensar que estaba soñando. Aquella historia olvidada de Julio Verne era tan cierta que experimentó una especie de excitación. Estaba viviendo una aventura apasionada y quería retener todo en su memoria. Todos ellos eran investigadores y sabían que estaban ante el mayor descubrimiento de los últimos quinientos años, pero eso no impedía que en ese momento una única idea surcara su mente: Querían regresar sanos y salvos a casa. A pesar que aquello que llamaban casa, estuviera a punto de destruirse lentamente en una terrible guerra de exterminio.

CAPÍTULO 1

KAPALA

Arthur aconsejó al resto de sus compañeros a que esperaran las horas más oscuras para acercarse a la ciudad. En la Tierra Hueca no existía la noche, pero había algunas horas en las que la claridad parecía menguar un poco, lo que les permitiría acercarse con mayor sigilo. Aunque aún no estaba seguro de cómo conseguirían tomar aquellos inmensos dinosaurios voladores, para ascender hasta la copa de los árboles, pero estaba convencido de que ya se les ocurriría algo.

Aprovecharon el resto del día para cazar algunos animales, recolectar frutas y descansar un poco. Las últimas jornadas les habían dejado agotados, pero también se encontraban hambrientos. Tuvieron que hacer una fogata en la entrada de una cueva, para disimular el humo, pero cuando lograron hincar el diente a todos aquellos manjares, se sintieron mucho mejor. La fruta era muy dulce y de un tamaño gigantesco. Fresas silvestres tan grandes como un puño, una especie de piñas del tamaño de sandías y la carne de algunos pequeños animales, fueron suficientes para saciarles por completo.

Después de la comida se separaron de nuevo. Los alemanes descansaban en una de las pequeñas cuevas formadas al lado de la gran pared, mientras que los ingleses lo hacían al otro lado, en un saliente de roca. Un par de horas más tarde, Klaus y Arthur se reunieron para consensuar sus planes.

Klaus comenzaba a admirar a su enemigo. Aunque el odio que sentía hacia los ingleses no podía compararse a su amor por la literatura de su país. Se rumoreaba que Hitler planeaba invadir las Islas Británicas, la guerra terminaría pronto y algunos de los excesos de los nazis desaparecerían. Klaus había estudiado a las civilizaciones y la nazi no era la única que en busca de su singularidad había destruido lo que le rodeaba.

El profesor alemán recordaba que había visto por primera vez a Arthur a bordo de aquel barco pesquero mientras intentaba llevarse el manuscrito encontrado en la tumba de Verne, después, gracias a los eficaces servicios de la Gestapo, había descubierto su nombre y que pertenecía al exclusivo grupo de los Inklings de Oxford. Klaus admiraba las obras algunos de sus miembros que eran escritores, como J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis. Sus libros épicos y fantásticos le parecían admirables, algo que no se había visto en la literatura alemana desde hacía siglos. El volumen de *Crítica a La razón pura* de Kant había ahogado la naciente imaginación de los románticos alemanes, pero la obra de Goethe había sido la única que había podido salvarse de los rigores de Kant. Los libros de Tolkien y Lewis eran universales. Toda

la saga de El Señor de los Anillos había sido traducida a varios idiomas, pero no al alemán. Al parecer, Tolkien había tenido un conflicto con sus editores alemanes, cuando estos le pidieron en 1938 que les mandara un certificado que demostrara su ascendencia aria. Por eso Klaus había leído todas sus obras en francés, ya que el inglés era un idioma que no terminaba de dominar por completo.

—Debe ser apasionante asistir a las reuniones de los Inklings —comentó Klaus, como si por un momento le hubieran traicionado sus pensamientos. Él hubiera dado su brazo derecho por ser miembro de este selecto club de escritores y profesores de filosofía. Arthur le miró sorprendido. No imaginaba que su grupo de amigos y las sencillas tertulias en el *pub* hubieran trascendido hasta la fría y lejana Alemania.

—Creo que se aburriría. Normalmente hablamos de filosofía o de técnicas literarias. Nada muy especial. Aunque no le niego que siempre fue emocionante escuchar los relatos de Tolkien, Lewis y otros profesores, que con sus fantásticas historias han fascinado a medio mundo. Yo nunca me he atrevido a leer ninguno de mis escritos en público —le dijo Arthur. —¿Aburrirme? Soy un gran aficionado a esa nueva literatura fantástica. En Alemania muchos creen que la fantasía es peligrosa. Los censores consideran que el crear mundos imaginarios es una forma de subversión. Las publicaciones *pulps* han sido prohibidas, por qué los nazis las consideran decadentes y que ayudan a mal formar la mente de los jóvenes alemanes —comentó Klaus. Los nazis habían terminado con todo lo que no pusiera en el centro de su mensaje la ideología de Adolf Hitler.

—Pero a pesar de todo han habido grandes escritores de ciencia ficción en Alemania. Recuerdo a Kurd Laßwitz y sus libros «*Auf Zwei Planetenes*^[1]» y «*Geschichte der Atomistik von Mittelalter bis Newton*^[2]». También el escritor Michael Georg Conrad y su libro «*In purpurner Finsterniß*^[3]». La lista puede continuar con Paul Scheebart, Friedrich Wilhelm Mader, entre otros —dijo Arthur. —No imaginaba que conociera tan bien nuestros libros de Ciencia Ficción. Pero la política de sintonización la llamada *Gleichschaltung* ha terminado con todo eso. Yo fui expulsado de la universidad por seguir enseñando a muchos de los autores que ha mencionado. Pero las obras de casi todos ellos y las del propio H. G. Wells terminaron en la hoguera. Únicamente se han salvado los libros de Hans Dominik —comentó Klaus. —No podrán terminar con la literatura, siempre ha sobrevivido a dictadores e inquisidores. Pero yo creía que usted era un nazi convencido —dijo Arthur sorprendido antes las palabras de Klaus. El alemán miró a su espalda para asegurarse de que Hans no se encontraba cerca. Sabía que no podía fiarse de su antiguo alumno, tampoco de Bárbara, que parecía tan extremista como su compañero.

—Ya le he comentado que me expulsaron de la universidad. He pasado casi cuatro años en dique seco. Himmler me dio la oportunidad de tener una nueva vida y sobre todo de descubrir que mi admirado Julio Verne tenía razón cuando escribió su libro *Viaje al Centro de la Tierra* —dijo Klaus intentando justificarse. —Lo entiendo. Puede que la literatura termine salvándonos a todos —comentó Arthur convencido

que en ocasiones la única forma de afrontar la realidad era con un buen libro entre las manos. —Tal vez sea el único remedio para esta guerra terrible que nos ha tocado vivir —dijo Klaus con la mirada perdida. El inglés se quedó más tranquilo al saber que el profesor alemán hablaba de la guerra con desprecio y que no estaba para nada de acuerdo con las tesis de Hitler. De alguna manera se había hecho la falsa idea de que todos los alemanes eran nazis y que deseaban la guerra contra Gran Bretaña. Imaginaba que algo parecido le sucedía al profesor alemán. Los países creaban enemigos imaginarios o reales, para después atemorizar a sus ciudadanos.

—Me gusta saber que hay alemanes que admiran nuestra literatura —dijo Arthur. —Bueno, centrémonos en la misión. Hay un escritor llamado Nikolái Roerich, un famoso literato ruso, que lleva toda la vida hablando de este famoso mundo. Nikolái recopiló todos los escritos que existen en el globo sobre la Tierra Hueca y en especial sobre las leyendas del Himalaya —dijo Klaus, mientras garabateaba algunas cosas en una libreta. —No he leído nada sobre este asunto —confesó Arthur. Klaus arqueó las cejas, le sorprendía estar más al corriente sobre el tema de la Tierra Hueca, que aquel profesor inglés de Oxford.

—Según el famoso libro del Klachakra, existe un paralelismo entre este mundo y el que está arriba. Al parecer en el siglo II a. C., el primer rey Kalki, llamado Manjush Rikirti, predijo el nacimiento del Islam. Aunque los más importantes descubrimientos de Nikolái se expusieron en sus cuadros —dijo Klaus. El inglés sabía que la Ahnenerbe mezclaba ideas científicas con las leyendas más increíbles del mundo esotérico que representaba la Ariosofía y todas las asociaciones secretas que los alemanes habían creado en los años posteriores a la Gran Guerra, por eso no le extrañaron las curiosas conjeturas de Klaus.

—No importa como se llame este pueblo o si los antiguos lo describieron de alguna manera, el hecho objetivo es que existe y ha conseguido sobrevivir aquí durante siglos. Haremos fotografías, nos llevaremos todas las evidencias que existan e intentaremos escapar a la superficie —comentó Arthur, intentando centrar la conversación. —No entiende lo que quiero explicarle. No le estoy hablando de viejas leyendas orientales. Estamos en el viejo paraíso perdido. La tierra en la que el hombre fue formado y creado. En el relato de la Biblia se habla de este lugar. ¿No se ha fijado en los dos grandes ríos que rodean la ciudad? Los ángeles de las espadas de fuego no son otros que los habitantes del Inframundo —dijo Klaus con los ojos fuera de las órbitas. Arthur conocía todos esos movimientos filosóficos que habían nacido con las ideas seudocientíficas y exotéricas de *Madame Blavatsky*. Ese grupo de fanáticos utilizaba las leyendas orientales y las mezclaban con textos de la Biblia.

—No puedo explicar todo esto —dijo Arthur señalando el fantástico mundo que habían descubierto—, pero me niego a creer que tenga que ver con esas ideas orientales. —Pero ¿no ha leído los textos de Apocalipsis? Hay uno que dice: *Y vi a la Bestia, a los Reyes de la Tierra y a sus Ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su Ejército. Y la Bestia fue apresada, y con ella el*

Falso Profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la Marca de la Bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un Lago de Fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos. Vi a un Ángel que descendía del cielo, con la Llave del Abismo, y una Gran Cadena en la mano. Y prendió al Dragón, la Serpiente Antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Y lo arrojó al Abismo, y lo encerró, y puso su Sello sobre él, para que no engañase más a las Naciones, hasta que fuesen cumplidos los Mil Años^[4] —recitó Klaus de memoria. —Claro que conozco ese texto, fui criado en la Iglesia Anglicana, pero este no es el Abismo del que habla la Biblia —comentó Arthur enfadado. Pensaba que aquella discusión no llevaba a ninguna parte. Klaus frunció el ceño. Él había rechazado hacía mucho tiempo las enseñanzas católicas en el que le habían educado de niño, pero Arthur parecía seguir creyendo en ellas.

—No importa, lo que es cierto es que según las antiguas leyendas hay una salida, podríamos escapar por ella —dijo Klaus, al comprender que el profesor británico era demasiado cerrado para entender los misterios de la Teosofía. —Lo importante es que averigüemos cómo escapar de aquí —dijo Arthur. —Pero no quería contarle eso, lo que descubrió el escritor ruso fue la salida del Inframundo. Él la sitúa en uno de los dos polos. Si robamos algunos Quetzalcoatlus, podremos salir de la Tierra Hueca, pero el mapa es el Mandala, sin él no encontraremos la salida —dijo Klaus. —Yo estoy pensado justo todo lo contrario. En el libro de Julio Verne aprovechan su balsa y una erupción volcánica. La única fuerza que puede devolvernos a la superficie es la energía desprendida por un volcán —dijo Arthur. —¿No creará que podemos salir de esa forma? Si se produjera una erupción moriríamos por los gases y la madera de la balsa terminaría deshaciéndose al contacto del agua hirviente y la lava —dijo Klaus sin disimular su enfado. El profesor alemán pensaba que los británicos siempre se creían superiores a los alemanes. —Antes creía que podríamos robar a esos animales e intentar huir, pero ¿cuál es la dirección correcta? ¿Podremos encontrar una salida lo suficientemente amplia? —preguntó Arthur, visiblemente molesto por la arrogancia de Klaus. —Esos seres son los únicos que pueden ayudarnos —dijo Klaus. —Pero los hombres del Inframundo tienen que llevarnos hasta la salida. No creo que lo consigamos nosotros solos —comentó Arthur. —Puede que tenga razón, en ese caso será mejor que simplemente nos presentemos ante ellos y recemos para que no nos masacren —contestó Klaus. Las palabras de Arthur consiguieron que Klaus se diera cuenta de que sin la ayuda de aquellos hombres del Inframundo, nunca saldrían con vida de la Tierra Hueca. No sabía qué reacción tendrían al verles, pero fuera cual fuera, era mucho mejor que vivir el resto de su vida bajo tierra, ocultándose de ellos y enfrentándose a los gigantescos monstruos de la etapa jurásica.

CAPÍTULO 2

LA CASA DE ZALMOXIS

La ciudad parecía desaparecer a medida que se aproximaban a ella. Los frondosos árboles ocultaban las casas artesonadas en madera en su fondo y las hermosas paredes de madera y metal brillante, camuflando su ciudad de los animales salvajes y de cualquier potencial enemigo del Inframundo. Cuando llegaron a los pies de aquellos milenarios y gigantescos árboles, Arthur y sus amigos se sintieron insignificantes. Durante miles de años aquellos mastodontes vegetales habían crecido sin que nadie se lo impidiera. Los troncos eran tan gruesos como varias manzanas de edificios y muchos más altos que los rascacielos de Nueva York. Todos miraron hacia los rugosos troncos, pero su vista no alcanzaba a ver el final. No se observaban escaleras ni otra forma de acceder a la ciudad, como si todo hubiera sido un espejismo y la urbe no existiera realmente.

—¿Cómo llegaremos allí arriba? —preguntó Bárbara, con su fuerte acento alemán. Nadie respondió. La corteza del árbol era tan gruesa, que tal vez hubieran podido ascender entre los surcos que dejaba en el tronco, pero sin duda era muy peligroso y tardarían varias horas.

—Será mejor que sean ellos los que vengan a por nosotros. Ayudadme a reunir leña —dijo Arthur, mientras comenzaba a recolectar las ramas que encontraba a su alrededor. Pasaron algo más de media hora recogiendo ramas de todos los tamaños y apilándolas contra uno de los gigantescos troncos. Curiosamente aquel bosque milenario estaba bastante limpio, como si los habitantes de la ciudad temieran un incendio, pero a pesar de todo lograron reunir una buena cantidad de leña. Después Arthur tomó su mechero y encendió unas hojas secas. Inmediatamente el fuego se extendió por las ramas y comenzó a producir una gran humareda.

El grupo se apartó a un lado, esperando que alguien acudiera a sofocarlo. No tuvieron que hacerlo durante mucho tiempo. A los pocos minutos, unos diez hombres subidos en Quetzalcoatlus descendieron a gran velocidad de la copa de los árboles y se posaron al lado del fuego. Uno de ellos sacó de las alforjas de su silla un pequeño bote y lo arrojó a las llamas. Al instante el fuego cesó. Después ordenó a sus hombres que inspeccionaran el terreno, pero antes de que empezaran a buscarlos, Arthur salió de detrás de un grueso tronco con las manos en alto en señal de paz.

Tres de los indígenas se acercaron a él a pie y por primera vez pudieron observarlos de cerca. Los habitantes de aquel misterioso mundo tenían un aspecto muy parecido al humano, aunque su piel era muy blanca, casi transparente. Sus ojos eran claros y el pelo rubio y largo les caía por debajo de los hombros. Eran esbeltos y

altos, parecían ágiles y veloces, aunque no demasiado fuertes a pesar de sobrepasar los dos metros de altura. Sus ropas parecían tejidas de alguna tela semejante al lino, parecían ligeras, frescas y vaporosas. Todos vestían de verde y por unos instantes a Arthur le pareció estar delante de los elfos descritos por Tolkien en sus libros.

Dos de los guerreros aferraron a Arthur por los brazos y este comenzó a hablar en diferentes idiomas y dialectos, pero no parecían mostrar ninguna reacción. El primero en utilizar fue el inglés, después el francés y algo de griego. Más tarde continuó con unas palabras en español e italiano, en hindi y chino, también árabe, hebreo y zulú, pero los guerreros le miraron extrañado.

—Dios mío, ¿qué idioma hablan? —dijo desesperado el profesor inglés. Klaus apareció de en medio de la nada y les habló en islandés. La raíz del islandés era el alemán, por lo que la pronunciación del profesor parecía casi perfecta. El jefe de los guerreros se dirigió hacia ellos y le contestó:

—¿Por qué hablan el idioma de los dioses? —¿El idioma de los dioses? —preguntó Arthur extrañado. —Hace muchos siglos vino a nuestra tierra un enviado de los dioses, nos enseñó su idioma y habito varios años con nosotros hasta regresar al mundo de arriba. Nos prometió que volverían otros como él —dijo el jefe de los guerreros. —Creo que están hablando de Arne Saknussem —contestó Klaus—. Por eso les hablé en islandés. Supuse que el anterior visitante de estas tierras podía haberles dejado algunas palabras en su lengua. Aunque no esperaba que la hablasen tan bien. —¿Por qué habéis quemado uno de los árboles sagrados? —preguntó el jefe de los guerreros. —Los sentimos, pero era la única manera de llamar vuestra atención. Sabíamos que había una ciudad en la copa, pero desconocíamos la manera de llegar a ella —les explicó Arthur. —Quemar un árbol sagrado es un sacrilegio, tendrán que dar cuentas delante del Gran Sumo Sacerdote Aðalbjörn. Os llevaremos a la casa de Zalmoxis —dijo el jefe de los guerreros. Klaus se extrañó que el Gran Sumo Sacerdote tuviese un nombre islandés, pero no dijo nada al resto de sus compañeros.

—No estamos solos —dijo Arthur, señalando a su espalda. En ese momento se acercaron Bárbara, Agatha y Hans. Los guerreros obligaron a cada uno de ellos a montar un Quetzalcoatlus. Después tiraron de las bridas sujetas a las bocas de los dinosaurios y estos ascendieron a toda velocidad. A casi todos les gustó la experiencia, aunque Arthur estaba completamente paralizado por el miedo y se pasó todo el ascenso con los ojos cerrados. Agatha miró aquel mundo desde las alturas y le pareció la cosa más hermosa que había visto jamás. La sensación de volar a lomos de uno de aquellos gigantescos dinosaurios era increíble. Parecía como si realmente flotaras en el aire y por unos instantes deseó que el viaje se prolongara, pero a los pocos minutos estaban posándose en una de las plataformas de la ciudad. Cuando Arthur y sus amigos plantaron sus pies en la hermosa urbe, no tardaron en verse rodeados por cientos de sus habitantes que les miraban con curiosidad. Dos mundos acaban de encontrarse y siempre que eso sucedía uno de ellos terminaba sufriendo

terriblemente las consecuencias.

CAPÍTULO 3

LA CÁRCEL DORADA

Arthur y sus compañeros no podían imaginar que aquel paraíso subterráneo fuera más peligroso de lo que parecía a simple vista. Por un lado se sentían invitados y parecían que los habitantes de la Tierra Hueca los trataban como a dioses venidos de otro mundo, pero por el otro, les inquietaba la vigilancia tan estrecha que tenían sobre ellos.

Los intraterrestres, nombre que pusieron los expedicionarios a aquellos habitantes, les llevaron a las habitaciones del templo o casa de Zalmoxis y les prepararon un relajante baño. Cuando los expedicionarios regresaron a sus aposentos, sobre sus camas estaban tendidos unos hermosos uniformes de gala. Los hombres y las mujeres vestían de manera parecida. Si Agatha hubiera tenido que definir la moda de aquel lugar, sin duda la hubiera llamado de «traje de buzo». Sus trajes eran una especie de monos plateados con cremalleras que los cerraban herméticamente. Curiosamente esos trajes parecían mantener el cuerpo en una temperatura ideal y, como no tardarían mucho en descubrir, resistían desde un frío glacial hasta las más bajas temperaturas. Aunque los guerreros vestían sus trajes de color verde mucho más ligeros.

Un par de horas más tarde, los guerreros les escoltaron hasta una inmensa sala, que parecía ser el centro ceremonial de la ciudad. Allí les esperaban media docena de ancianos y el sumo sacerdote, que los intraterrestres habían llamado Aðalbjörn.

—Bienvenidos hombres y mujeres del mundo superior —dijo un hombre que esperaba al lado del trono. Los exploradores saludaron con una leve inclinación de cabeza. —Mi nombre es Chandra y soy el chambelán de la ciudad Chang Shambhala —dijo el intraterrestre. A diferencia de los guerreros, el chambelán y los políticos tenían sendas barbas doradas. —Nosotros somos los miembros de dos expediciones. Mi nombre es Arthur Macfarland y me acompaña mi colaboradora Agatha Drew, ellos son ...—Gracias Arthur, ya nos presentamos nosotros solos —dijo Hans—. Mi nombre es Hans Miller, este es el profesor Klaus Berg y la profesora Bárbara Sigfried. —Ustedes hablan mejor el idioma de los dioses —dijo el chambelán. —Ellos son británicos y nosotros alemanes —les explicó Hans, aunque los intraterrestres no parecieron entenderles. Ellos no tenían esas distinciones nacionales. Arthur se adelantó unos pasos y varios soldados le apuntaron con una especie de lanzas que tenían en las manos. Él dio un paso hacia atrás y levantó las manos.

—Únicamente quería enseñar una cosa al Sumo Sacerdote —dijo el profesor inglés. —Adelante —contestó con voz seca el Sumo Sacerdote, que hasta ese

momento había permanecido en silencio. El profesor inglés se adelantó y mostró al Sumo Sacerdote un papel escrito con runas. El intraterrestre levantó la vista y le miró con sus gigantescos ojos grises. Había algo inhumano en su mirada, pero por otro lado Arthur vio en ellos temor.

—Las profecías hablan del regreso de los dioses de la Superficie. Un día nos llevarán de nuevo a la tierra de los grandes cielos azules —dijo el Sumo Sacerdote. —No somos dioses —dijo Arthur, pero estaba apenas terminando la frase cuando Hans se adelantó hasta él y le golpeó en la cara. —Nosotros si somos dioses, venimos de vuestra raza, somos los descendientes de los que subieron a la superficie hace miles de años para dominar a las otras sub razas. Hemos venido a contactar de nuevo con vosotros. En la superficie se está produciendo una guerra entre nuestra Raza Aria y las otras razas inferiores, si ellos ganan, no dudes que vendrán hasta la Tierra Hueca, para exterminaros también a vosotros. Heinrich Luitpold Himmler el comandante en jefe de las SS os ha escrito una carta, para que os aliéis al Cuarto Reich —dijo Hans. —¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? Nuestro líder es Adolf Hitler y estamos en el Tercer Reich —dijo Klaus. A pesar de que no era un seguidor de Hitler, sin duda Himmler era mucho más fanático y radical que el fundador del nazismo. Hans apartó a Klaus de un empujón. Los guerreros se pusieron nerviosos, pero el Sumo Sacerdote les detuvo con una indicación. Hans entregó la carta escrita en runas y el intraterrestre la leyó con rapidez.

—¿Creías que confiábamos plenamente en ti? Al fin y al cabo no eres más que un profesor degradado por sus ideas liberales. Nuestro encuentro en París no fue casual. Seguíamos tus pasos y Himmler me ordenó que te reclutáramos. Yo le dije que eras un traidor y que tu mente estaba contaminada por la literatura degenerada, pero Himmler sabía que eras el mejor especialista en Julio Verne y el único que podría encontrar la entrada a la Tierra Hueca. Por un momento pensé que terminarías siendo uno de los nuestros, pero ahora ya no tengo dudas. Himmler me encomendó esta misión personalmente. El Reichsführer sabe que Hitler no ganará la guerra. El Führer no se ha tomado nunca en serio la existencia de la Tierra Hueca ni el origen mítico del mundo Ario. Él es un judío, con sangre contaminada y a su debido tiempo, Himmler le quitará del poder — dijo Hans con los ojos desorbitados. —Estás más loco que el fanático de tu líder —dijo Klaus tocándose el labio partido. —Las profecías a las que ha tenido acceso Himmler hablan del hundimiento del Tercer Reich, entonces surgirá el Cuarto y último Reich que durará mil años. Las SS está preparando el camino para su llegada —dijo Hans. El Sumo Sacerdote tomó el papel y lo leyó:

«La Humanidad está obviamente dividida entre hombres divinos y criaturas humanas inferiores. Las diferencias intelectuales entre los Arios y otras naciones civilizadas y tales salvajes como los isleños de los mares del sur es inexplicable de otra manera. Nada de cultura, ni de generaciones entrenadas para la civilización, puede surgir de tales especímenes humanos como los bosquimanos, los veddas de

Ceilán y algunas tribus africanas al mismo nivel que los Arios, los semitas y los turanios. La “chispa divina” está perdida en ellos y son ellos las únicas razas inferiores del globo que ahora, felizmente —debido al sabio ajuste de la naturaleza que trabaja en esa dirección— rápidamente mueren. En verdad la humanidad es de la “misma sangre” pero no de la misma esencia^[5]. Os ofrezco una alianza entre los Arios de la superficie y los del inframundo».

—Apresad a los ingleses —dijo el Sumo sacerdote—, usted quédese conmigo, tiene que contarme muchas cosas. Mientras los guerreros se llevaban al resto de humanos, Hans se situó justo al lado del trono. Estaba a punto de cumplir su misión. Cuando se unieran las fuerzas del interior y exterior de la tierra, nadie podría frenar el reinado milenario de la Raza Aria.

CAPÍTULO 4

EL CARCELERO

Bárbara golpeó las rejas de la celda, pero lo único que consiguió fue que sus nudillos comenzaran a sangrar. Agatha se acercó a ella y le sujetó los brazos. La alemana miró a la británica con gesto de desprecio.

—Déjame sucia inglesa. Todo esto es culpa vuestra. Hans vendrá pronto para sacarme de este agujero, pero vosotros os pudriréis en él. Agatha se apartó confundida, hasta ese momento Bárbara se había mostrado muy amigable, pero sin duda las cosas habían cambiado.

Klaus se aproximó a su compatriota y la aferró de los hombros. Bárbara comenzó a llorar y terminó por abrazarse al hombre.

—Todos estamos nerviosos. Llevamos mucho tiempo bajo tierra y nuestras esperanzas por subir a la superficie parecen disiparse, pero no te preocupes, todo saldrá bien —dijo el profesor alemán. —Yo soy miembro del partido, creo en el nacionalsocialismo, pero hay ciertas cosas... —dijo Bárbara entre lágrimas. —No nos educaron para saltarnos las leyes humanas y divinas. Los nazis están llegando demasiado lejos. Han perseguido a los judíos, a los comunistas y socialistas, las personas religiosas y ya nadie está a salvo —dijo Klaus, que de nuevo volvía a sentir la amenaza de los nazis sobre su cabeza. Arthur contempló la escena sin intervenir y después se puso a examinar la celda. Las paredes eran muy gruesas, pero de madera. La única ventana que daba al exterior era diminuta y las rejas de la celda estaban hechas de algún material tan resistente como el acero.

—Los intraterrestres no parecen de fiar. Hans les convencerá para que nos eliminen y pedirá a una comitiva que le acompañe a la superficie —dijo Arthur. —Tenemos que salir de aquí —comentó Agatha. —Hay momentos en que lo único que se puede hacer es esperar. Será mejor que recuperemos fuerzas. Cuando vengan a traernos la comida, podremos intentar algo —dijo Arthur. El grupo se repartió por los camastros. Bárbara se quedó dormida enseguida, pero Klaus, Arthur y Agatha comenzaron a hablar en voz baja.

—Cuando venga con la comida yo saltaré sobre el carcelero, vosotros tenéis que intentar tomar sus llaves y abrir la reja —dijo Arthur. —No parece muy difícil —comentó Agatha. —El problema es salir de la ciudad —dijo Klaus con poca convicción. —Si logramos robar unos Quetzalcoatlus podremos escapar de la ciudad —dijo Arthur. —Pero ellos no seguirán con sus monturas y no tardarán mucho en exterminaros. En el caso hipotético que lográramos huir, tampoco sabemos dónde se encuentra la salida a la superficie —comentó Klaus. —Con el tiempo he aprendido

que lo mejor es enfrentarse a cada problema cuando se presenta. Lo primero que tenemos que intentar es salir de aquí con vida —dijo Arthur. Escucharon como alguien se acercaba por el pasillo. El sonido chirriante de las ruedas les alertaron de inmediato. Un intraterrestre se detuvo frente a su puerta con un carrito. Llevaba cuatro bandejas plateadas. Ellos se hicieron los dormidos, mientras el carcelero comenzaba a dejar las bandejas sobre una mesa sin sillas.

Arthur pegó un salto y se lanzó sobre la espalda del carcelero, pero este logró zafarse con facilidad, arrojándole sobre la mesa en medio de un gran estrépito. La comida se cayó al suelo y el agua salpicó al resto de prisioneros.

El profesor alemán intentó sorprender al intraterrestre, pero también fue lanzado con fuerza contra la pared. Agatha y Bárbara estaban a punto de enfrentarse al carcelero cuando este levantó las manos.

—¡Quietos! He venido para ayudarles. Todos le miraron sorprendidos. No podían creer sus palabras, pero permanecieron en silencio hasta que el intraterrestre miró por unos instantes a sus espaldas y comenzó a hablar con ellos.

CAPÍTULO 5

LA FUGA

El carcelero era algo más bajo que el resto de habitantes del inframundo que habían conocido, pero sus rasgos eran prácticamente iguales al de los otros intraterrestres. Vestía un mono parecido al de ellos y llevaba una pequeña daga en el cinto plateado. Todos le miraron extrañados, pero Arthur hizo una señal y se separaron un par de pasos de él.

—Sabemos la condena que el Sumo Sacerdote ha puesto sobre vosotros. Desde hace tiempo un grupo de jóvenes está rebelándose a las decisiones del Sumo Sacerdote y el Consejo de guerreros. Nuestro pueblo siempre se ha caracterizado por decidir todo en asamblea y buscar la paz, pero desde hace varios años el Sumo Sacerdote controla todos los poderes y encarcela a todo aquel que osa contradecirle. —Muchas gracias por ayudarnos —comentó Agatha. —Tenemos que darnos prisa, en unos minutos se darán cuenta de vuestra huida. Hemos preparado unos Quetzalcoatlus con provisiones. Un guía os llevará hasta la salida de la Tierra Hueca —dijo el joven intraterrestre. —¿No sabemos cómo podemos agradecértelo? —comentó Klaus. —Lo único que os pedimos es que presentéis a los intraterrestres como seres de paz con nuestros hermanos de la superficie. Mañana mismo comenzará una lucha contra el Sumo Sacerdote y sus planes para sojuzgar a nuestro pueblo. Seguidme —dijo el joven con un gesto. Caminaron por el largo pasillo iluminado por unas teas eléctricas y el intraterrestre se detuvo frente a un gran armario acristalado. Sacó de él varias dagas y lanzas, que repartió a Arthur y sus amigos.

—Espero que no tengáis que usarlas —dijo el joven. —¿Cómo funcionan? —preguntó Agatha. —Si las extiendes y apuntas cualquier objeto sale un haz de luz y energía capaz de hacer un agujero a cualquier material —les explicó el joven. Salieron a una de las terrazas y observaron a la media docena de dinosaurios voladores que les esperaban. Un intraterrestre les ayudó a cabalgar las bestias. Arthur miró la cabeza del monstruo y dijo inquieto al joven:

—¿Cómo se gobierna a estos seres? —No os preocupéis, los animales seguirán al guía. Vosotros procurad mantener el equilibrio. Que el poder del Dios de la luz os acompañe —dijo el joven. Después dio la orden y los seis dinosaurios ascendieron. Mientras los majestuosos Quetzalcoatlus ascendían majestuosos en el firmamento de la Tierra Hueca. Hans le exponía los planes de su líder Himmler al Sumo sacerdote. La oscuridad que se había cernido sobre el mundo en la superficie se empezaba a extender en el Inframundo. El Cuarto Reich estaba tomando forma en la parte más remota del planeta, mientras Hitler ideaba sus planes para derrotar a su más temible

enemigo el comunismo de la Unión Soviética.

CAPÍTULO 6

PERSECUCIÓN

La piel ligeramente azulada de los Quetzalcoatlus brillaba bajo la luz del día Intraterrestre. Sus enormes picos dorados se movían al compás de las enormes alas membranosas. En la parte superior de la cabeza, justo al final del largo cuello, tenían una cresta puntiaguda. Arthur aflojó un poco las riendas y miró el inmenso océano a sus pies. La tierra se alejaba en un punto y el guía les llevaba más al este. Después observó al resto de sus compañeros cabalgando sobre los inmensos animales. Montados en las hermosas sillas con alforjas, parecían sacados de una de las fascinantes historias de Tolkien. En un lateral tenían las lanzas y parecían tan alucinados como él con el impresionante vuelo de aquel inmenso dinosaurio.

«Ningún otro ser humano ha volado sobre uno de estos seres», pensó Arthur mientras acariciaba el vello que crecía en la espalda del animal.

Los animales volaban sin parar, cuando Klaus escuchó una especie de silbidos sobre su cabeza y entrevió un fogonazo.

—¡Dios mío!, gritó el profesor alemán señalando a una docena de Quetzalcoatlus que se aproximaban tras ellos. En uno de los dinosaurios se encontraba Hans. Con sus prismáticos intentaba escrutar a los cuatro fugitivos, sin apenas poder contener la rabia. Una hora después de su huida los guerreros habían informado al Sumo Sacerdote de un grupo de jóvenes traidores que habían dejado escapar a sus compañeros. Aquello dificultaba aún más la misión de Hans. Klaus se había convertido en un estorbo y Bárbara era una inepta, que se había unido al movimiento nazi para progresar en su carrera profesional. Ninguno de los dos merece vivir, pensaba el fanático oficial de las SS. Por otro lado, Hans se sentía muy satisfecho. No solo había descubierto la Tierra Hueca y el origen de la Raza Aria, gracias a su astucia tenía de su parte a los intraterrestres y sus fabulosas armas.

Cuando su grupo se aproximó al de los fugitivos, tomó la lanza y apuntó a Arthur. Aquel profesor inglés había manipulado a sus compañeros, hasta ponerlos de su parte, pero no viviría para contarlo. Ya se encargaría él de que ni su nombre aparecería en los futuros libros de historia, cuando narraran esa gesta. Todo el mérito del descubrimiento de la Tierra Hueca sería suyo.

Disparó el rayo y observó con enfado como pasaba a unos centímetros de Arthur, que había logrado que su cabalgadura descendiera en el último segundo.

El profesor inglés tomó su lanza y disparó a Hans, que estuvo a punto de caerse al vacío.

—¡Maldito inglés! —gritó Hans devolviendo el disparo. El rayo rozó una de las

alas del Quetzalcoatlus y este giró bruscamente, Arthur se salió de su silla y se aferró al lomo del animal para no caer al vacío.

Hans volvió a apuntar al inglés, pero justo un segundo antes de su disparo, notó que una descarga le pasaba rozando y se llevaba su casco. El alemán se dio la vuelta y contempló como Klaus se dirigía hacia él a lomos de su dinosaurio. El animal mordió una de las alas del otro Quetzalcoatlus y este pegó un gemido que retumbó por todas partes.

Agatha disparó a uno de los intraterrestres y logró derivarle, mientras Bárbara hacia los mismo con un segundo perseguidor. Su guía logró desmontar a otros dos jinetes que cayeron hacia las frías aguas del mar.

Hans observó con terror que únicamente quedaban cinco de los guerreros que le habían acompañado en la búsqueda de los fugitivos y que su cabalgadura estaba herida. En el último momento había logrado zafarse de Klaus, pero el animal que cabalgaba parecía gravemente herido.

Arthur derribó a otros de los perseguidores, abatiendo a su Quetzalcoatlus, que se precipitó al vacío. El jefe de los guerreros ordenó a sus hombres que se retiraran, pero no pudo evitar que un nuevo guerrero muriera por el rayo lanzado por Agatha.

En la huida, el jefe de los guerreros se volvió y apuntó a Bárbara que intentaba alcanzarle con su lanza. El rayo salió de la punta del arma y dio de lleno a la alemana, que murió en el acto, pero sin caerse del inmenso dinosaurio.

—¡Bárbara! —gritó Klaus mientras se acercaba a su cabalgadura, tocó su brazo, pero la mujer ya estaba muerta. Miró con rabia a Hans y los guerreros que huían en dirección contraria. Apuntó con cuidado a las espaldas de su antiguo alumno. Por unos segundos recordó al joven alumno que había acudido a su aula el primer día de clase. Al joven inteligente y prometedor que le admiraba tanto, que siempre decía que deseaba convertirse como él en profesor de literatura. Hans se había convertido en un ser egoísta que tenía que ver muy poco con aquel joven. Le había engañado y utilizado, para después simplemente deshacerse de él. Los jóvenes como Hans, demasiado ambiciosos para distinguir entre lo que era correcto y lo que no lo era, estaban destruyendo el mundo. Miró por última vez a su viejo alumno y disparó. El rayo azulado atravesó el cielo y golpeó directamente al cuerpo de Hans que se derrumbó hacia delante sin caer de su cabalgadura.

Mientras los perseguidores se alejaban, Klaus intentó contener las lágrimas. De alguna manera había comprendido que el darwinista mundo que los alemanes habían inventado estaba terminando con los últimos restos de humanismo que le quedaban a la vieja Europa. Era la ley del más fuerte y los más débiles no tardarían en perecer.

CAPÍTULO 7

LA SALIDA

Estuvieron toda la noche surcando los cielos color violeta de la Tierra Hueca. Cada uno intentó combatir la fatiga sobre su propio Quetzalcoatlus. Tomaron algo de agua y comida, pero ninguno de ellos pudo dejar de pensar en todo lo que habían perdido en esa tierra remota. Todos los compañeros de Klaus habían muerto, incluida Bárbara. Del lado de los británicos las cosas no estaban mucho mejor, pero Arthur se consolaba con contar con Agatha todavía a su lado. Le había sorprendido una vez más con su valentía y aplomo. Mientras la observaba cabalgar a lo lejos, pensó en todo lo que les había distanciado y en su maldita cobardía. Ya no le importaba lo que los demás pudieran pensar. Si regresaban vivos a Inglaterra intentaría recuperarla de nuevo.

Agatha miró a su compañero y le vio pensativo. Juntos habían conseguido el sueño de todo investigador. Todo el mundo sabía que Julio Verne tenía razón y que la Tierra Hueca existía realmente, pero eso parecía algo muy secundario cuando lo comparaba con la oportunidad de estar de nuevo con Arthur. Desde que habían comenzado la misión le habían intentado torturar, para que supiera realmente todo el daño que le había causado, pero el peligro y las experiencias vividas en aquellos meses les habían vuelto a unir.

El guía se detuvo frente a una especie de gigantesco embudo suspendido sobre sus cabezas e hizo un gesto con la mano. Miraron hacia arriba y por unos segundos vieron una minúscula franja del cielo azul. La superficie estaba a unos pocos kilómetros de su alcance.

Los tres compañeros gritaron eufóricos mientras sus Quetzalcoatlus comenzaron el ascenso. A medida que se acercaban, una fría brisa comenzó a llenar el inmenso túnel de olores. Primero a mar, después a nubes a punto de desbordarse y por último la extraña sensación que produce el aire libre cuando te golpea en la cara.

El guía salió primero de la gruta y unos segundos más tarde, el grupo de Quetzalcoatlus volaron entre las nubes, sobre una gran masa de hielo y nieve.

Los tres compañeros se sintieron confundidos. Aquel sitio únicamente podía tratarse del Polo Norte o la Antártida. El viaje dentro de la Tierra Hueca les había desorientado y sus brújulas no funcionaban en el inframundo. El guía les señaló el horizonte. Se veía a los lejos un grupo de cabañas junto al océano.

Los Quetzalcoatlus descendieron y el guía les pidió que desmontasen.

—Pero ¿dónde estamos? —preguntó Arthur. —En esa aldea encontraran ayuda. Nosotros no podemos mostrarnos a los humanos —dijo el guía en un mal islandés. El

intraterrestre montó sobre uno de los dinosaurios y los majestuosos animales comenzaron a ascender.

Los tres compañeros se quedaron un rato observando a los Quetzalcoatlus y después se dirigieron hasta la aldea. Sus magníficos trajes les protegían del frío polar, pero sentían la cara abotargada por el aire gélido.

Tras dos horas de camino llegaron a alcanzar las primeras cabañas. En unos minutos estaban junto a una de ellas. Arthur llamó a una de las puertas de madera y esperó unos minutos antes de que una mujer anciana, vestida con un traje de colores hecho de lana les abriese.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a la mujer en islandés. La mujer les miró extrañada. Su indumentaria era muy misteriosa y ella no hablaba el islandés.

Klaus se adelantó un paso y le habló en noruego. La mujer tardó unos segundos en reaccionar, pero después le contestó.

—Están en Hammerfest, la ciudad más al norte del Reino de Noruega.

CAPÍTULO 8

EN MANOS DEL MAL

Arthur y sus compañeros no pasaron mucho tiempo en Hammerfest. Dos lugareños llamados Amund y Hakken les llevaron en dos trineos tirados por perros alaskan hasta la ciudad de Alta, una de las pequeñas localidades del norte de Noruega. El frío y la nieve dificultaron el viaje y tuvieron que dormir en los trineos, a mitad de camino. La navegación en aquella época del año era imposible y nadie se movía por el norte del país en aquellas condiciones, pero los tres exploradores deseaban llegar cuanto antes a una zona más poblada y había logrado persuadir a los aldeanos para que les llevaran a la ciudad. Mientras el resto de sus compañeros dormían Arthur salió al claro y contempló la oscuridad que les rodeaba. Aquella noche prolongada del Ártico le recordó a la Tierra Hueca. Ahora que se encontraba de nuevo en la superficie, todo lo vivido le parecía parte de un sueño o una pesadilla. Afortunadamente había logrado traer consigo algunas muestras, fotografías y la pequeña daga de los intraterrestres. No ignoraba que si a él mismo le costaba creerse lo que había sucedido en los últimos meses, la comunidad científica sería aún más escéptica con su descubrimiento.

El profesor inglés escuchó unos pasos en la nieve y cuando se giró pudo ver a Amund que se acercaba hasta él.

—No debería estar a la intemperie. Aunque no note el frío, es muy peligroso permanecer al raso —dijo el aldeano. —Estaba tomando un poco de aire —contestó Arthur. —Me ha sorprendido que viajen ustedes dos con un alemán. ¿No sabe que Alemania e Inglaterra están en guerra? —preguntó el aldeano. —Sí, claro. No hace tanto tiempo que empezó nuestra expedición. A propósito, ¿qué día es hoy? —Es 15 de diciembre de 1942 —contestó el aldeano. Arthur le miró sorprendido. Él había calculado que apenas habían pasado poco más de un mes bajo tierra, pero la realidad era que casi habían estado un año entero.

—No es posible —dijo el inglés. —Los alemanes han ocupado prácticamente toda Europa excepto Inglaterra y Suiza, ahora están avanzando contra Rusia. No tardarán en dominar el resto del mundo —dijo el aldeano. —¿En la ciudad de Alta hay algún destacamento alemán? —Sí, una pequeña guarnición, pero en cuanto asomen por allí, los detendrán —dijo el aldeano. —No se preocupe, nuestro compañero alemán intercederá por nosotros, tomaremos un avión con dirección a los Estados Unidos y desde allí regresaremos a Gran Bretaña —contestó Arthur. —Me temo que los Estados Unidos también está en guerra con Alemania. Arthur le miró sorprendido, la guerra se había recrudecido en el último año y ahora era un conflicto

a nivel mundial. De todas formas confiaba en Klaus. En los últimos días les había ayudado a escapar y se habían enfrentado a Hans.

Regresaron a los trineos y cuatro horas más tarde continuaron su camino hasta la ciudad de Alta. Tardaron casi seis horas hasta divisar a lo lejos la población. Lo único que destacaba del inmenso manto blanco eran los tejados grises y algunas farolas encendidas. La ciudad parecía desierta cuando se acercaron, pero al cruzar las calles, un grupo de soldados les salió al encuentro, como si estuvieran esperando su llegada.

—¡Alto! —dijo un sargento a los dos aldeanos. Los hombres detuvieron los trineos y el sargento se acercó hasta el primero.

—Documentación —dijo el sargento. Agatha y Arthur, que viajaban en el mismo trineo negaron con la cabeza a la vez, pero Klaus se puso en pie y se dirigió hacia el soldado.

—Mi nombre es Klaus Berg, soy oficial de las SS, pertenezco a la Ahnenerbe. Estábamos realizando una operación secreta en el Ártico, pero hemos perdido a la mayor parte de nuestros hombres. El sargento le miró de arriba abajo. Klaus parecía cualquier cosa menos un oficial de las SS, pero la historia parecía tan increíble que el soldado pensó que debía ser cierta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el sargento. —Ellos son dos exploradores británicos. Pertenecen a una expedición paralela a la nuestra. Puede detenerlos —dijo Klaus mirando a la cara sus antiguos compañeros. —Pero, Klaus... —dijo Arthur sorprendido. —Me debo al Reich, lo siento pero estamos en guerra. Abajo éramos un grupo de humanos buscando una salida, aquí somos enemigos —comentó Klaus mirando directamente a los ojos del británico. El sargento hizo un gesto y dos soldados esposaron a Agatha y Arthur, después se los llevaron a su base en la ciudad, mientras el sargento acompañaba a Klaus hasta la casa del capitán que encabezaba el pequeño destacamento.

La residencia era pequeña, pero contrastaba de las demás por las paredes de madera pintadas de rojo. El sargento llamó a la puerta y sin esperar respuesta entraron en el pequeño recibidor de la casa. Un agradable calor hogareño les invadió por completo y Klaus respiró hondo. Parecía que había algún plato al fuego, por unos instantes pensó en Hamburgo y lo que echaba de menos su hogar.

—Capitán Imre Lerner, le presento al oficial de las SS Klaus Berg —les introdujo el sargento. —Encantado —dijo el capitán sin dejar de mirar su extraña indumentaria. —Gracias por acogerme en su casa. Le aseguro que he tenido que realizar un viaje muy largo. No puedo contarle los detalles de mi misión, pero si me gustaría que me informara de la situación actual de la guerra y de Alemania —dijo Klaus. El capitán le invitó a que se sentara en uno de los sillones del salón. Después le ofreció un cigarrillo, que Klaus aceptó de inmediato. Mientras le daba unas profundas caladas al cigarro, se recostó en el respaldo y dejó que el humo le relajara por completo.

—La guerra se ha extendido prácticamente a todos los continentes. Nuestros ejércitos combaten en Europa, África y Oriente Próximo. Nuestros aliados luchan

contra Gran Bretaña y los Estados Unidos en Asia y Oceanía. El Führer ha conseguido victoria tras victoria, cuando caiga la Unión Soviética, nada se nos resistirá —comentó el capitán. —¿No desequilibrará la balanza la entrada de los Estados Unidos en la guerra? —preguntó Klaus. —No, los japoneses han destruido casi por completo su flora de El Pacífico y parece que están conquistando los primeros territorios de soberanía británica sin mucha resistencia —dijo el capitán. —Me alegran oír tan buenas noticias. ¿Cuándo me podrán llevar hasta Oslo? —preguntó Klaus, centrándose en la manera de regresar cuanto antes a Alemania. —Me temo que tendrá que esperar dos o tres meses. Las comunicaciones por mar son muy difíciles y por tierra un verdadero suicidio. No me explico cómo han llegado hasta aquí sin ningún percance. —Es demasiado tiempo —refunfuñó Klaus. —No podemos luchar contra los elementos —comentó el capitán mientras señalaba a la nieve que volvía a caer al otro lado del cristal.

CAPÍTULO 9

EL TELEGRAMA

La cárcel en la ciudad de Alta era la menor de las preocupaciones de Arthur y Agatha, lo que realmente temían era en caer en manos de las SS o la Gestapo. Los dos eran conscientes de que las temibles huestes de Hitler eran capaces de las mayores atrocidades. Los días pasaban lentamente en el monótono invierno noruego, pero los dos amigos aprovecharon para leer, aprender el idioma e intentar recuperar su historia de amor.

Agatha no podía ni imaginar que Arthur y ella pudieran ser felices en esa situación, pero al menos en aquella parte del mundo estaban lejos de la guerra y sus terribles consecuencias.

No volvieron a ver a Klaus hasta el mismo día de su partida a Oslo.

La mañana de 2 de febrero de 1943, Klaus entró en la celda con dos soldados, que tras esposarlos les llevaron hasta el puerto. A unos quinientos metros, la imponente figura de un acorazado alemán parecía dominar toda la bahía.

—¿Qué nos harán tus amigos, Klaus? —preguntó Agatha, que por primera vez en muchos meses, parecía realmente angustiada. —No tengáis miedo. Simplemente os interrogarán, si os portáis bien os enviarán a un campo de prisioneros militar y allí descansaréis el resto de la guerra —les contestó Klaus en inglés. —He oído que los prisioneros de guerra no disfrutaban de muchas comodidades, sobre todo desde que se recrudeció la guerra. En la cárcel circulaba el rumor que el Frente Oriental está perdido, Alemania comienza a perder la guerra —dijo Arthur. Klaus le miró desafiante. Él también había escuchado esos rumores, pero su suerte estaba unida ahora a la del Tercer Reich y prefería que los suyos ganaran la guerra, ya habría tiempo para que comenzaran a moderarse. El nazismo, como cualquier otra ideología, terminaría por convertirse en un sistema político conservador, pero nada más.

—Será mejor que te reserves esos comentarios, con esa actitud no puedo garantizar tu seguridad. En el acorazado estarás bajo la custodia del capitán Karl Topp y seguro que esas opiniones no son bien recibidas. Los alemanes estamos luchando valientemente en Moscú y hemos logrado detener el avance ruso, muchos jóvenes se están sacrificando por nosotros y eso no es un tema para trivializar —dijo Klaus. —No podéis ganar la guerra y si te conviertes en cómplice de esos asesinos, tendrás que pagar por ello —comentó Agatha. Klaus se giró furioso y abofeteó la cara de la mujer. Arthur intentó pararle, pero uno de los soldados le sujetó con fuerza.

Agatha volvió a mirarle desafiante, de la comisura de los labios le brotaba unas pocas gotas de sangre.

El grupo se dirigió hasta el puerto sin más incidentes y subieron a una barcaza que en cinco minutos les llevó hasta el acorazado. Subieron a cubierta y fueron conducidos hasta la sala de mandos, en la que el capitán Karl Topp les esperaba con su impoluto uniforme blanco.

—Bienvenidos a bordo. Este es el acorazado Tirpitz, una de las joyas de nuestra armada. En dos días estaremos en la ciudad de Oslo, desde allí serán transportados a Berlín en Avión —les informó el capitán. —Muchas gracias, capitán —dijo Klaus. — El Reichsführer le manda saludos. También nos ha hecho llegar este telegrama para usted —comentó el capitán entregándole un papel doblado por la mitad. —Será un placer viajar a bordo de su barco —dijo Klaus. —Ustedes dos serán tratados según las normas de los tratados de guerra internacionales. Durante el día estarán encerrados en camarotes separados, pero podrán comer con nosotros y el resto de oficiales a las horas indicadas —dijo el capitán. Los marineros llevaron a Arthur y su amiga a sus camarotes, mientras Klaus salía a cubierta, para tomar el fresco. Observó la pequeña ciudad de Alta, mientras el barco comenzaba a moverse por la bahía. El pequeño grupo de casas destacaba entre los bosques y los campos de cultivo completamente cubiertos por la nieve. Parecía una emotiva estampa navideña. Aquel lugar desprendía una paz que no había experimentado ni en su etapa de profesor universitario.

El barco se alejó de la costa y entró en las gélidas aguas del Mar de Noruega, Klaus sintió que los dedos de su mano derecha comenzaban a congelarse y observó el papel amarillento que aún conservaba en la mano. Lo desdobló y esperó unos segundos antes de comenzar a leer:

Felicidades por el éxito de la Misión Verne# #Estamos expectantes por sus descubrimientos# #Le esperamos en Berlín a la mayor brevedad posible# #Heil Hitler# #Heinrich Himmler#

Klaus arrugó el telegrama con la mano y lo lanzó al mar. Después pensó que bajo aquella inmensa cantidad de agua se escondía el secreto que Julio Verne había descubierto mucho tiempo antes, la Tierra Hueca que ahora esperaba ser colonizada por el Tercer Reich. Entonces pensó que a veces era mejor ser invisibles ante los ojos de la humanidad, siempre que el hombre había colonizado a otros pueblos, había terminado exterminándolos.

CAPÍTULO 10

UN VIAJE EN BARCO

Los días pasaban monótonos a bordo del acorazado Tirpitz. Arthur y Agatha se veían en muy pocas ocasiones y nunca solos. Para matar su tiempo, el profesor inglés se dedicó a leer algunos libros y a intentar plasmar en un diario todo lo que habían observado durante su increíble viaje al Centro de la Tierra. Cuanto más tiempo pasaba, aumentaba su sensación de que todo lo vivido se trataba de un simple sueño. El descubrimiento de los papeles de Julio Verne, el viaje por los túneles al Centro de la Tierra, la llegada a la Tierra Hueca, la forma en la que habían atravesado el mar ultraterrena y el descubrimiento de la civilización que habitaba en Inframundo. Arthur no tenía otra manera de medir los días y las horas, que por las comidas que realizaban con los oficiales en el comedor principal. Cuando observaba a Agatha desde el otro lado de la mesa, le parecía ver en su mirada la angustia del que sabe que el final de su viaje será muy desagradable.

El único momento en el que podían hablar era en el pasillo y las escaleras que les llevaban hasta el comedor. Dos soldados les escoltaban, pero eso no les importaba. Cruzaban algunas frases en inglés o se daban por unos segundos la mano. A veces se pasaban notas escritas, que leían ávidamente al llegar a sus respectivos camarotes.

Las comidas con los oficiales eran poco emocionantes. La mayoría de las veces hablaban de temas marinos y militares. En algunas ocasiones sus palabras parecían insinuar que el año 1943 no estaba siendo muy favorable para los alemanes, sobre todo en el frente Oriental, pero nadie se atrevía a expresarlo abiertamente.

La penúltima cena antes de la llegada a Oslo comenzó con una conversación inusual que rompió con la pesada monotonía de los últimos días.

Klaus había bebido más cerveza de la cuenta y empezó a dar algunos detalles de la expedición al Centro de la Tierra. Los oficiales le escuchaban sorprendidos y un par de ellos contaron experiencias curiosas, que parecían confirmar la entrada a la Tierra Hueca por la Ártico.

—En uno de nuestro viajes de reconocimiento la Kriegsmarine^[6] nos pidió que fuéramos más al norte, para estudiar una posible vía de comunicación con América, que nos permitiera llegar con nuestro buques a las costas de Canadá sin ser localizados. El viaje era muy peligroso y nuestro barco era un rompehielos que avanzaba muy lentamente. Nuestro plan consistía en rodear Groenlandia por el norte y después descender por la bahía de Baffin. Cuando llegamos al este de la isla, curiosamente nuestra brújula comenzó a fallar. Observamos una especie de sima entre un arco de tierra. Intentamos acercarnos, pero fue imposible —comentó el capitán

Karl Topp. —Es increíble —dijo un joven oficial llamado Otho. —Puede que haya algo en los polos que provoque el magnetismo de la Tierra, una especie de gran dinamo, que da luz en el interior y produce electricidad magnética en el exterior —dijo Klaus. Arthur miró reojo al alemán y después dijo:

—Me temo que nunca lo sabremos. El inglés esperaba que Klaus se diera por aludido. Nadie debía conocer su secreto. Ya era suficientemente peligroso que lo supieran los servicios de espionaje de sus dos países, pero lo sería mucho más si se corría la voz por todo el mundo. —¿Cómo que nunca lo sabremos? ¡Maldita sea! Tú sabes también como yo ...—Que has bebido demasiado y que deberías retirarte a tu camarote —intervino Agatha. —Maldita fisgona. Metete en tus asuntos. Cuando lleguemos a Berlín te bajarán los humos —dijo Klaus completamente borracho. Arthur se puso en pie y aferró al alemán de la pechera. Varios vasos y platos rodaron por la mesa hasta el suelo. Cuatro oficiales alemanes intentaron separarlos, pero el inglés ya había propinado el primer puñetazo a Klaus.

—¡Por favor, caballeros! —gritó el capitán Topp. Los soldados lograron tirar a Arthur al suelo, mientras otros dos se llevaban a Klaus sangrando por la nariz.

—Entiendo su reacción, Arthur, pero este barco exige una férrea disciplina. No saldrá de su camarote hasta que lleguemos a Oslo —dijo el capitán Topp. A Arthur se le hicieron eternas las últimas cuarenta y ocho horas. No pudo salir de su camarote ni recibir visitas, pero intentó matar su tiempo leyendo e intentado imaginar posibles planes de fuga.

Una de las pocas oportunidades que les quedaba era huir en Oslo. Una vez en el avión o en tierra alemana, la fuga sería casi imposible. El profesor inglés sabía que les llevarían esposados en todo momento. También que siempre tendrían a dos o más guardas a su lado. Además, en ese momento no podía comunicarse con Agatha, para intentar coordinar con ella algún tipo de fuga.

CAPÍTULO 11

ENCUENTRO CON HIMMLER

La mañana del 7 de febrero de 1943 el barco llegó al puerto de Oslo. Dos soldados llevaron a Agatha y Arthur esposados hasta la cubierta del acorazado. Allí estaba el capitán Topp y Klaus junto a varios hombres vestidos de paisano, con gruesos abrigos negros y sombreros de ala corta. Uno de ellos, el que hablaba con Klaus, les miró de arriba abajo cuando se acercaron.

Agatha miró con temor al hombre. Tenía la mitad del rostro carcomido por algún tipo de ácido y su único ojo azul les miraba de una manera inquietante. Un parche cubría el otro ojo, pero dejaba al descubierto la mayor parte de piel rosada y rugosa.

—¿Estos son los prisioneros? Nosotros nos haremos cargo de ellos a partir de ahora. Los espías son cosa de la Gestapo —dijo el hombre de la cara quemada. —Son mis prisioneros —se quejó Klaus. Al que los hombres de negro le parecían aún más temibles que las SS. —Cumplimos órdenes camarada. Usted ha realizado un gran logro para el Reich, pero nosotros somos los expertos en interrogaciones —dijo el hombre de la cara quemada. —Pero... —contestó Klaus impotente. El jefe de la Gestapo hizo un gesto para que los dos prisioneros se acercaran. Después aferró a Agatha por el cuello y dijo sin dejar de apretarle:

—El Reichsführer quiere verles en persona, pero antes tendremos que ablandarlos un poco. Tenemos métodos para que la gente se muestre más colaboradora. Cuando el jefe de la Gestapo soltó a la mujer, esta comenzó a toser. Su rostro estaba amoratado y Arthur la miraba con los ojos húmedos. Se sentía impotente ante aquel grupo de monstruos.

Descendieron del barco en silencio. Tomaron dos coches Volkswagen negros y atravesaron la blanquecina ciudad de Oslo a gran velocidad. Parecían impacientes por llegar al aeropuerto. Apenas había tráfico, el combustible estaba racionado y la mayoría de los vehículos requisados.

En menos de media hora, los coches entraron en el aparcamiento del aeropuerto y les llevaron hasta un Messerschmitt Me 323 Gigant.

Klaus miró sorprendido al jefe de la Gestapo.

—Es el primer avión que salía hacia Berlín —comentó el hombre de la cara quemada. Entraron al avión por una puerta lateral y se acomodaron en los asientos. La parte trasera estaba repleta de material militar y médico. Los alemanes estaban desmantelando poco a poco Noruega. El gobierno títere nazi en el país se limitaba a apoyar las iniciativas alemanas.

Uno de los miembros de la Gestapo se sentó al lado de Arthur y otro junto a

Agatha. Lo que les impidió comunicarse durante todo el trayecto.

El vuelo duró algo más de tres horas, cuando llegaron a Berlín los dos ingleses tenían los músculos entumecidos, un hambre voraz y temor por lo que les esperaba en los oscuros sótanos de la Gestapo.

El avión aterrizó en una base militar próxima a la capital de Alemania. Los miembros de la Gestapo bajaron del avión antes que Klaus. Un gélido viento del norte les recibió a pie de pista. El profesor alemán tomó su pequeña maleta y corrió hasta el jefe de la Gestapo.

—¿Dónde les transportan? —preguntó Klaus muy serio. —Eso no le interesa. Cuando estén preparados les llevaremos ante Himmler, seguramente les interrogará estando usted presente —dijo el hombre de la cara quemada. Klaus se quedó mirando unos instantes, mientras sus viejos compañeros de expedición desaparecían en dos coches exactamente iguales a los que les habían llevado en Oslo.

El profesor alemán caminó hasta la sala de espera del aeródromo. Un sargento de las SS se acercó a él y después de hacer el saludo nazi le pidió que le siguiera. Un coche oficial les esperaba en marcha la entrada de la sala. Era cerca de medio día y el cielo gris de Berlín parecía engullir todas sus esperanzas. Klaus volvía a experimentar la misma sensación de desasosiego que la primera vez que se encontró cara a cara con Himmler. En cierto sentido era estar tratando con el mismo diablo. No sabía qué le iba a contar cuando le preguntara por Hans.

Media hora más tarde el vehículo se detuvo frente a la fachada principal de la sede de las SS en Berlín, en el centro de la ciudad.

Klaus descendió del coche y se dirigió con paso lento hasta la recargada fachada principal. Dos miembros de las SS se pusieron firmes a su paso. Entró y ascendió por las escaleras a pocos pasos del sargento de las SS que le había ido a recoger. Caminaron por un largo pasillo repleto de majestuosos bustos de los héroes nazis y banderolas con la esvástica hasta la puerta del despacho de Himmler. Dos soldados custodiaban la puerta. Cuando Klaus entró en la estancia en penumbra, el bello de todo su cuerpo se erizo de repente. Al fondo, una gran mesa repleta de papeles y todo tipo de objetos era la pieza principal del despacho. Sobre la madera de caoba destacaba un busto de Adolf Hitler.

—Comandante Klaus Berg —dijo una voz entre las sombras. Con esa simple frase acababa de ascender en la escala militar de las SS. Klaus caminó indeciso hasta la mesa y esperó de pie después de realizar el saludo nazi.

—Todas las leyendas tenían razón, ¿verdad? —preguntó Himmler mirándole con sus pequeños ojos a través de sus lentes redondas. —Sí, Reichsführer —contestó con voz temblorosa Klaus. —Ahora comienza mi verdadero plan —dijo Himmler con la vista perdida, como si estuviera contemplando los lejanos mundos de la Tierra Hueca.

CAPÍTULO 12

EL INFIERNO DE LA GESTAPO

El dolor hizo que se despertara de repente. Sentía como si el costado estuviera a punto de estallarle. Abrió los ojos, pero apenas pudo ver el reflejo de la luz debajo de la puerta de hierro. Por unos minutos, mientras los sueños se confundían con la realidad terrible de su prisión, había olvidado que se encontraba a miles de kilómetros de casa, en una de las temibles celdas secretas de la Gestapo.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido terribles. Varias veces había pensado que no resistiría más las torturas. Los nazis parecían disfrutar haciéndole daño a la gente. Ella se había mostrado colaboradora y desde el principio les había contado todo lo que sabía, al menos todo lo que no implicaba a terceras personas, como era el caso de la colaboración de J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis.

Agatha intentó incorporarse en el camastro mal oliente. No había podido evitar orinarse encima, tampoco vomitar al lado de la cama, pero apenas podía olfatear el terrible hedor, como si el dolor le anestesiará los sentidos. Una vez sentada intentó recordar algunos datos básicos, para saber que no estaba perdiendo la cabeza.

Unos minutos más tarde o tal vez fueran horas, ya que la oscuridad le hacía difícil calcular el tiempo, llegaron dos mujeres vestidas con el uniforme gris de las carceleras. La llevaron en volandas hasta un baño y le ordenaron que se desnudase. Acto seguido le facilitaron una pastilla de jabón común y una toalla blanca, para que se duchase. Agatha caminó torpemente por el suelo frío y resbaladizo hasta las duchas y giró la rueda. El agua brotó congelada y con una gran presión, pero el cuerpo entumecido agradeció el efecto tonificante de la ducha y por primera vez en mucho tiempo se sintió bien. Mientras el agua le recorría el cuerpo magullado, la mujer comenzó a pensar con más claridad. Se acordó de Arthur y el infierno que debería estar pasando donde quisiera que estuviere. Si esos tipos eran capaces de torturar con sadismo a una mujer, que no serían capaces de hacerle a un hombre, pensó mientras el jabón purificaba su piel suave y blanca. Notó como le escocían las heridas, pero la simple sensación de sentirse viva de nuevo, le proporcionó una gran satisfacción.

Las carceleras le proporcionaron una muda de ropa limpia y elegante. Ella les miró sorprendida, después le facilitaron algunos cosméticos y la dejaron sola por unos instantes. Agatha se miró al espejo. Sus ojos estaban rojos y tenía unas profundas ojeras grises, pero su aspecto en general era bueno, como si los agentes de la Gestapo no hubieran querido presentar a su prisionera ante Himmler con un semblante desagradable. El vestido azul con flores blancas les hacía parecer una

joven francesa parisina. Se puso unos guantes blancos, un sombrero pequeño y unos zapatos azules de tacón bajo. Después abrió la puerta y las carceleras la llevaron hasta un despacho. Allí le esperaba el hombre de la cara quemada. No le había vuelto a ver desde su llegada a Berlín. El hombre le hizo un gesto y le pidió que se sentase.

—Su compañero, el profesor Arthur Macfarland vendrá en unos instantes. Primero quiero agradecerles su colaboración, se nota que los británicos son incapaces de elegir agentes con un mínimo de agallas, nos ha contado todo lo que queríamos saber, pero sobre todo quiero advertirle de algo. El Reichsführer no es un hombre muy paciente, si ve que titubean no dudará en mandarlos matar en ese mismo momento. La guerra no marcha muy bien y Himmler no está para bobadas. Si colaboran, tal vez salven la vida. Naturalmente no la he mandado llamar antes que a su compañero para decirle lo que ya sabe —dijo el hombre de la cara quemada, después se puso en pie y se acercó a ella. Tocó con la yema de sus dedos el vestido y continuó hablando—. Necesitamos que uno de ustedes regrese a Inglaterra. Los británicos estarán inquietos y son capaces de enviar otra expedición y fastidiar los planes de las SS. Usted regresará a su país después de entrevistarse con Himmler e informará a los servicios secretos de que no existe la Tierra Hueca y que el profesor Arthur Macfarland murió con el resto de la expedición. Si cumple su misión, su amigo no sufrirá daño alguno, pero de lo contrario, le asesinaremos de la manera más cruel que imagine. Agatha temblaba mientras las palabras de aquel hombre se hincaban en su mente como estiletes. Aunque por otro lado suspiró aliviada. Podría regresar a casa, caminar por las viejas y hermosas calles de Oxford e imaginar que todo aquello había sido únicamente una pesadilla. Aunque tendría que abandonar a Arthur a manos de los nazis. —Pero ...—Cuando ganemos la guerra puede que su amigo continúe con vida, para nosotros es todavía valioso. Tiene un minuto para tomar una decisión. Justo el tiempo que queda para que llegue el profesor. La mujer cerró los ojos e intentó pensar con claridad. Notaba sus heridas y un zumbido en el oído izquierdo le dificultaba concentrarse. Al final decidió que no le quedaba otra alternativa.

—Lo haré. No tengo otra opción —dijo Agatha con la voz entrecortada. —Simularemos una huida, sus compañeros ingleses tienen que tragarse que escapó por sus propios medios. Tras la reunión con Himmler la llevaremos hasta Holanda, allí se pondrá en contacto con la Resistencia, ellos se encargaran de devolverla a Inglaterra —comentó el hombre de la cara quemada. —Pero ¿cómo contactare con ellos? —preguntó Agatha. —Un sacerdote de la resistencia trabaja para nosotros, él será su contacto. Llamaron a la puerta y acto seguido un hombre cabizbajo, vestido con un traje gris entró escoltado por dos agentes. Arthur parecía mucho más viejo que unos días antes. Su pelo había encanecido de repente y nuevas arrugas surcaban sus ojos tristes.

La mirada de los dos amigos se encontraron por unos segundos, produciendo un brillo de esperanza que no tardó en disiparse. El hombre de la cara quemada se puso

en pie, tomó su sombrero de una percha y les pidió que salieran del despacho.

Cuatro agentes de la Gestapo, junto al hombre de la cara quemada, les escoltaron hasta dos coches que esperaban en la entrada del edificio. Berlín parecía desierto aquella mañana de domingo. En el camino Arthur y su amiga pudieron contemplar varios edificios en ruinas y grupos de hombres y mujeres que intentaban buscarse la vida arrastrando carros o simplemente mendigando por las aceras. El Tercer Reich parecía desintegrarse lentamente en aquel invierno de 1943.

Los dos coches salieron a las afueras de Berlín y se acercaron a una hermosa zona residencial. Allí no se veían edificios derrumbados por las bombas ni ciudadanos vestidos con andrajos. Los vehículos se detuvieron enfrente de una mansión. La fachada plana, con ventanas cuadradas y una última planta aguardillada, parecía indicar la villa de algún empresario prospero alemán, pero realmente se dirigían a la residencia personal de Himmler en Berlín.

CAPÍTULO 13

EL SUEÑO DE UN LOCO

Klaus apartó ligeramente los visillos de la ventana y observó a los dos coches deteniéndose frente a la fachada principal. Primero descendieron los agentes de la Gestapo y después Agatha y Arthur. Desde la primera planta eran visibles los rostros demacrados de sus antiguos compañeros de viaje, pero al menos estaban con vida, pensó mientras se giraba y contemplaba de nuevo el despacho de Himmler.

El Reichsführer había salido por unos momentos, pero la opresiva atmósfera de la estancia le había obligado a permanecer en el mismo sitio durante diez largos minutos. En los últimos días había pasado muchas horas con Himmler, pero eso no había disminuido el temor que sentía hacía él. Aquel hombre de rostro anodino y carente de carisma, parecía poseer un halo de maldad, que atemorizaba a todos los que le rodeaban.

—Comandante Berg, ya están aquí sus antiguos compañeros —dijo Himmler desde el umbral del despacho. Klaus salió y ambos se dirigieron a la sala de trabajo, un amplio salón en el que había una maqueta de gran tamaño de la Tierra Hueca. El profesor alemán miró la réplica que había tenido que describir hasta el agotamiento durante los últimos días, pero la llegada de los ingleses hizo que desviara su atención.

Agatha estaba tan bella como siempre, pero con aspecto triste y cansado. Arthur parecía una sombra de sí mismo, con los hombros caídos y la mirada baja.

—Nuestros invitados ingleses —dijo Himmler, como un niño que esperara la visita de unos amigos para jugar a su entretenimiento favorito. —Reichsführer —dijo el hombre de la cara quemada. —Que se retiren todos menos usted y los invitados —dijo Himmler sonriente. Arthur levantó la vista y observó la magnífica maqueta. Representaba de una manera magistral la Tierra Hueca. Desde el pozo de San Patricio, todos los túneles, las selvas, el mar intraterrestre, la ciudad de Kapala y la salida por el Ártico.

—Acérquense, por favor —les pidió Himmler amablemente—. No les parece fabuloso. Todo un mundo por descubrir y conquistar. Siento la misma emoción que debió experimentar Colón al descubrir América. Los dos ingleses se limitaron a dar un par de pasos y continuar en silencio. Klaus rompió el hielo. Primero con un leve carraspeo y después dirigiéndose directamente a Arthur.

—Hemos descubierto que hay dos entradas aéreas. Una ya la conocen, es la que se encuentra por el Ártico, pero hay otra en la Antártida. Ayer mismo comenzó una operación que tiene como misión preparar una base en el Polo Sur. En menos de un año estaremos listos para enviar un ejército allí abajo. Primero iremos nosotros con

un pequeño número de soldados, traeremos algunas de sus potentes armas y después prepararemos el camino para la instalación de un nuevo Reich alemán —dijo Klaus. —Vamos a atravesar la última frontera de la humanidad. La Tierra Huesca es el origen de la Raza Aria. Nuestros ancestros nos ayudarán a ganar esta guerra, pero en el caso que la perdamos, tendremos un lugar en el que ocultarnos para resurgir de nuevo —dijo Himmler exaltado. —¿Pretende colonizar la Tierra Hueca? Vimos animales prehistóricos y a una raza fuertemente armada. No será fácil dominarles. Himmler frunció el ceño. No le gustaba la osadía de aquel inglés. Arthur sentía como si poco a poco fuera recuperando su valor perdido. Klaus le miró a los ojos, para intentar avisarle de que debía medir sus comentarios.

—Las SS estamos preparando un nuevo Reich, ya se lo he dicho. Alemania está comenzando a derrumbarse. Hitler no me escuchó cuando le comenté que debía depurar al ejército. Necesitamos una raza pura de arios para triunfar en esta guerra, pero él está usando hasta turcos para frenar a los soviéticos. Muchos en el partido toman mis ideas como cuentos folclóricos, pero esto demuestra que tenía razón. Nuestra raza viene de seres superiores. Negociaremos con los intraterrestres, intentaremos traer su tecnología para alargar la guerra y que nos dé tiempo para preparar la evacuación de los miembros más selectos de las SS y sus familias. La Operación Odessa ya ha comenzado —dijo Himmler. —¿La Operación Odessa? —preguntó Arthur. —Sí, la *Organisation der SS-Angehörigen*. Es una organización secreta que está preparando todo para reconstruir el Cuarto Reich en la Tierra Hueca y buscar refugio para las SS, si Alemania termina por caer —dijo Himmler. —¿Para qué nos necesitan a nosotros? —preguntó Arthur. —Tendrán que preceder a las fuerzas de ocupación. Acompañaran al comandante Berg a la Tierra Hueca. Él me ha hablado de que trataron con un grupo que se oponía al Sumo Sacerdote y que confiaba en usted. Es la forma más fácil de ocupar el poder de una manera pacífica. Se pondrán en contacto con ellos antes de que mis ejércitos entren en acción —dijo Himmler. Arthur parecía asombrado. Una cosa era que un pequeño grupo de expedicionarios entraran en el Inframundo y otra muy distinta que las SS quisieran conquistarla, pero sabía que si se negaba a ayudarle, Agatha y él morirían. No tenía más alternativa que obedecer.

—Intentaremos convencerles —dijo Arthur, para contentar a Himmler. —Excelente —comentó un Himmler exultante. —Empezaremos mañana mismo a preparar la expedición —dijo Klaus, que respiraba aliviado al pensar que podría alejarse durante un tiempo de la absorbente personalidad de Himmler. —Les facilitaremos los equipos más modernos. Esta vez descenderán con un pequeño ejército de apoyo. Ahora van en representación de la Nueva Alemania y del Cuarto Reich —dijo Himmler, mientras sonreía al resto de los asistentes. La mujer miró el perfil de su amigo. Sabía que lo hacía por ella, aunque lo que Arthur desconocía era que el verdadero precio a pagar era la separación de ambos. Poco a poco la noche fue apoderándose de Berlín, mientras los locos planes de Himmler comenzaban a tomar

forma sobre aquella gigantesca maqueta de la Tierra Hueca. El perro más fiel de Adolf Hitler estaba a punto de traicionarle.

CAPÍTULO 14

REGRESO A CASA

Los cielos de Holanda parecían más despejados que las negras nubes que se cernían sobre Berlín. Agatha descendió del avión en el aeropuerto de Ámsterdam y tomó un taxi hasta el centro de la ciudad. Llevaba la dirección del sacerdote Devoss escrito en una libreta pequeña. Le pidió al taxista que la dejara cuatro calles antes de llegar a la casa parroquial y caminó por las templadas calles cercanas al puerto. A los pocos minutos vio la pequeña iglesia católica estaba junto a uno de los canales, justo a las espaldas de la catedral.

Agatha miró a su alrededor y le costó imaginar que los holandeses estuvieran en guerra. La gente paseaba entre los canales, como si fuera domingo. Algunos campesinos vendían su fruta en las esquinas y la única señal visible de la ocupación nazi eran algunas parejas dispersas de soldados, que parecían tan relajados como los propios holandeses.

La mujer golpeó con el llamador a la puerta de la casa parroquial. Miró a sus espaldas para asegurarse que nadie le prestaba atención y esperó impaciente la respuesta. Una mujer mayor, vestida de negro, abrió y le preguntó en holandés que deseaba. Ella preguntó por el sacerdote y entre las pocas palabras que conocía en holandés dijo la contraseña, que el hombre de la cara quemada le había entregado. La anciana le hizo entrar de inmediato y la llevó hasta una pequeña sala. Minutos más tarde, un sacerdote vestido con una larga sotana negra, de aspecto afable e hinchados carrillos rosados le saludó fríamente:

—Buenos días, señorita. Ya me habían informado sobre su llegada. Esta misma tarde saldrá en un barco hasta Inglaterra. En unas horas estará en casa —dijo el sacerdote con una sonrisa. —Gracias —musitó Agatha. Sabía que aquel hombre era un traidor, aunque desconocía las verdaderas causas de su vileza. Tal vez su familia estaba prisionera de la Gestapo, pensó mientras el hombre le ofrecía una taza de café. Ella misma se había convertido en una espía doble y una traidora a su país. Tenía sus razones, pero sin duda eso no la eximía de sus culpas. Intentó pensar en otra cosa. Creía que cuando pisara tierra de Gran Bretaña se sentiría a salvo.

La anciana le llevó hasta una habitación en la planta superior. Allí pudo asearse y descansar unos instantes antes de bajar a comer. Tras un frugal almuerzo, el sacerdote la acompañó hasta el puerto. Ella había imaginado una salida a media noche, de forma clandestina, pero en cambio, subieron en un barco de carga a plena luz del día. Desde la cubierta pudo observar mejor la zona. Parte del puerto estaba destruido. Los aliados habían querido mermar la capacidad comercial de Alemania, aunque fuera

acosta de sacrificar vidas holandesas, pero el puerto seguía activo, aunque a menor escala.

El capitán habló con el sacerdote y después pidió a uno de sus marineros que llevaran a la mujer hasta su camarote. El barco le llevaría a Folkestone en el sur de Inglaterra. Allí la mujer tendría que ponerse en contacto con el servicio secreto por ella misma.

La travesía duró apenas dos horas. El mar estaba en calma y en cuanto escuchó el sonido de la sirena del barco, subió a la carrera para contemplar la costa inglesa. Durante semanas había soñado con divisar las hermosas costas de su país. Miró hacia la playa y sintió la brisa húmeda que le refrescaba la cara. Intentó respirar hondo, pero no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a recorrer sus rosadas mejillas, mientras su mente volvía a recordarle a Arthur. No podía fallarle. Él era todo lo que amaba en el mundo.

CAPÍTULO 15

LA ANTÁRTIDA

El calendario colgaba de una de las paredes de la cabaña de madera instalada en la base. Arthur arrancó la hoja y miró a los primeros días de julio de 1943. Llevaban siete días en las recónditas tierras de la Antártida, pero a él se le hicieron semanas. Únicamente se comunicaba con el profesor alemán. Klaus únicamente le hablaba de temas técnicos, pero evitaba todo contacto personal, como si se sintiese culpable por el duro calvario que le había hecho pasar.

El profesor inglés miró por la ventana. La noche se extendía interminable por el continente blanco. En aquella latitud era invierno, pero las prisas de Himmler por asegurar su misión les había obligado a trabajar en condiciones muy duras. Quedaba una semana para intentar el descenso. Había planeado hacerlo en aviones, de esa manera sería fácil desplazar el material y al medio millar de soldados de las SS que les acompañaban.

La base crecía lentamente. Una veintena de cabañas y numerosas tiendas se alineaban en el complejo vallado. Cada día llegaban nuevos barcos con soldados y material, Himmler quería que para el verano de 1944 empezaran a llegar los primeros civiles. Su plan era trasladar a algo más de un millón de personas. Según les había dicho: «Lo más puro de la Raza Aria alemana». A Arthur le parecía una verdadera locura. Toda aquella gente moriría en el frío de la Antártida o devorado por los dinosaurios de la Tierra Hueca. Sin contar con que él creía que los intraterrestres no se dejarían dominar fácilmente.

Klaus entró en la sala de reuniones, parecía más alegre que de costumbre. Arthur le miró con indiferencia, pero eso no evitó que se dirigiera a él.

—En cuarenta y ocho horas estaremos en la Tierra Hueca. El avión que enviamos ayer para calibrar el terreno ha regresado sin ningún percance. ¿No te parece una fantástica noticia? El profesor inglés se limitó a hacer un gesto con la cabeza, pero su mente se encontraba muy lejos de allí. Sabía que Agatha había logrado escapar y él mismo lo había intentado un par de ocasiones, pero en el último momento se había echado para atrás. En algunos momentos pensaba que su amiga regresaría con el ejército británico para detener la Operación Odessa, pero ya había dejado de soñar. Estaba resignándose a la idea de que moriría en la entrañas de la tierra y que su cadáver sería devorado por algún animal prehistórico o se pudriría bajo el caluroso clima Intraterrestre. Intentó recordar el rostro de Agatha, la amaba profundamente y sabía que no la volvería a ver nunca más, pero aún recordaba que durante algunos momentos de su extraño viaje habían sido felices a su manera. Ahora le tocaba morir

de una manera absurda, para alimentar las megalomanías de un jerarca nazi aún más loco que su líder.

Arthur respiró hondo, se aproximó a la mesa en la que estaba la tetera y llenó su taza. Saboreó el té con avidez, como si fuera el último que iba a tomarse antes de descender al abismo. Después cerró los ojos y pensó en la dulce mirada de Agatha y deseó con todas sus fuerzas volver a verla antes de desaparecer para siempre en las entrañas del abismo.

Continuará...



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] «En dos planetas». <<

[2] «Historia del Atomismo desde la Edad Media hasta Newton». <<

[3] «En la oscuridad púrpura». <<

[4] Apocalipsis 19: 19-21; 20:1-3. <<

[5] (The Secret Doctrine, Vol. 2, p 421). <<

[6] Nombre de la Armada alemana. <<